

vicio del alma. A Felipe II no lo engaña el olvido de la famosa máxima: *Quieta non movere*; él ha turbado voluntariamente lo que caía en reposo. No se ha creído con el derecho de aprovecharse del triunfo paciente y de la blanda autoridad de Margarita; ha juzgado que estaba en el deber de castigar los agravios hechos á Dios, ántes de la pacificación, y que podía gozar del gusto de destruir á los que contra él se habian prevalido de sus juramentos y de las leyes. Margarita no comprendía ni este deber de castigar ni este gusto de vengarse. Se la denuncia por haber dejado que se escapara Brederode y por seguir con demasiada deferencia los consejos de Egmont «que protege á Brederode y á los pícaros,» dice Alava infatigable en esto de vigilar á la regenta desde su embajada de París.

La regenta estaba orgullosa de haber restablecido su poder; no tenia que temer á Orange con sus luteranos alemanes ni á Coligny con sus calvinistas franceses, como quiera que podría oponerles una resistencia nacional, la guardia walona y brabanzona, al mando de Egmont, el afortunado soldado de Gravelinas, de Hornes, de todos los jefes que se habian librado del destierro y sus miserias esforzando su celo en servicio de la regenta. Los reformados «eran apaleados en las calles,» con aplauso del populacho, que decia que ellos eran los pícaros que habian traído aquellas vacilaciones (1). Pero Felipe no quiere olvidar nada de lo pasado, y se propone matar á los que lo han importunado con sus alegres entradas, confiscar los tesoros acumulados, prohibir el comercio que mantiene relaciones con países corrompidos: quiere que se le tema á él y á Dios.

Pero probablemente no tuvo jamás la intención de encargarse él mismo de esta tarea, bien que en su correspondencia de la época no cese de mencionar sus preparativos de viaje. Como Tiberio en circunstancias análogas, habla á menudo de su partida, elige á los que han de acompañarlo, prepara el equipaje, engaña á los confidentes más íntimos (2). La causa de este fingimiento, que no fué nunca bien comprendida, ha de buscarse en una carta, escrita por Antonio de Mendoza que estaba en Nancy, al lado de la duquesa de Lorena.

(1) Colec. de Paillard, tom. IV, pieza 92.

(2) Tácito, *Annal.*, tom. I, pág. 47. «Ceterum ut jamjamque iturus, legit comites, conquisivit impedimenta, adornavit naves; mox hiemem aut negocia varie causatus, primo prudentes, dein vulgum, diutissime provincias fefellit.»

Mendoza, como Alava, estaba en el secreto del castigo premeditado hacia cuatro años, y comprendió que las tropas destinadas á ejecutarlo debían ser consideradas como una escolta de honor de la real persona para no espantar á los culpables, evitando así que se pusieran en cobro. Si el ejército sólo sirve de cortejo al rey, no puede ya ser causa de inquietud ninguna. El duque de Cleves, la duquesa de Lorena, todos los príncipes están alarmados, escribe Mendoza al rey, por la venida de un ejército á los Países Bajos, ya pacificado (3). «La duquesa viuda me comunicó esta carta y me preguntó qué le respondería; díxeme se certificase la venida de V. M... Me han preguntado si dexará de traer armada V. M. pues todos los rebeldes le piden misericordia; yo he dicho que la gente que V. M. trae es para la guarda de su persona.»

Las medidas tomadas en España eran en verdad sospechosas. En cuanto llegó la flota de las Indias (4) con cuatro millones y medio de escudos en oro y plata, «grandes riquezas de perlas, pedrería y drogas para teñir de carmesí,» mandó el rey tomar el cargamento y guardarlo «en lugar seguro para su servicio.» Había impuesto un derecho de medio real sobre las barajas que se vendían á cuarenta y cinco maravedises; tomado á préstamo de los Fugger quinientos cincuenta mil escudos, ochocientos mil del genovés Grimaldi y negociado otro préstamo de seiscientos mil en Castilla y Aragón, de dos millones en Nápoles y Milan, y otro millon por cuenta del clero (5). Había puesto en venta por dos mil y tres mil escudos los oficios de corregidor (6). Pero no precipita nada: lo que quiere hacer lo hará, á la hora en que esté dispuesto. En vano le escribe Margarita: Ahora que la autoridad está más asegurada que en tiempo del emperador (7), quiere el rey honrar con ella á otros: para mí sólo han sido los trabajos y los peligros (8). El rey ha decidido que el duque de Alba vaya á los Países-Bajos. El ejército está reunido: la flota de Doria anclada en los puertos... el rey no parte; no cesa de anunciar su partida; designa al duque

(3) Ms. Arch. nac. K. 1508, pieza 20, Mendoza al rey, 31 mayo de 1567.

(4) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 482, Fourquevaux al rey de Francia.

(5) Era el renta del escusado ó diezmo impuesto por el rey y no por el clero en la más rica parroquia de cada diócesis; la sustitución del cura por el rey. V. Alberi, tom. XIII, Tiepolo, 1563, y t. XIV, Donato, 1573.

(6) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 439, *Corresp. de Fourquevaux*.

(7) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 532.

(8) *Ibid.* pág. 523.

de Alba como caudillo del ejército que debe acompañarlo; le da la orden de ponerse en marcha. A esta noticia Margarita exclama en una carta íntima dirigida á su hermano (1): Para el bien de este país, para la reputa-

cion é intereses del rey ninguna lección podía ser más funesta. Ese hombre es de tal modo aborrecido por la población que él solo bastaría para hacer odiosa á toda la nación española.

## CAPITULO XI

### EL PRÍNCIPE DON CÁRLOS.

PRIMERAS DOLENCIAS DE DON CARLOS.—ENFERMEADES Y DEMENCIA.—PRISION DEL PRÍNCIPE.—SU MUERTE

#### I.—Primeras dolencias de Don Carlos

«No se ofrece otra cosa de nuevo más que la princesa continuó su preñado con salud hasta que ayer á media noche plugo á nuestro Señor alumbrarla con bien de un hijo» (2). En estos términos textuales tuvo á bien Felipe II, siendo mozo, anunciar á Carlos V que su primera mujer María de Portugal acababa de dar á luz al príncipe Don Carlos. Cuatro días después moría la joven reina y la noticia de este fatídico alumbramiento corría con la de las exequias (3). Criado el príncipe en el retiro y sujeto á una vida sedentaria, no ofrecía ninguna resistencia á las *fiebres cuartanas* que envenenaban los reales sitios y creció enteco con un hombro muy alto y una pierna muy corta (4). Su retrato, hecho por Sanchez Coello (5), lo representa pálido, con la cabeza inclinada y los ojos apagados.

«El pobre príncipe es tan pequeño y está tan estenuado, escribe el embajador de Francia que lo vió á la edad de cuatro años durante los festejos nupciales de Felipe II é Isabel de Valois (6), y va debilitándose tanto de hora en

hora, que los más doctos en esta corte le dan pocas esperanzas de vida.» Fué á saludar á la reina, su madrastra *muy extenuado* (7) con las manos ardorosas por el calor de la fiebre (8). Sus médicos no conocían más remedio que la sangría y favorecían sabiamente la consunción de la fiebre debilitándolo más. Su padre se contentaba con decir: «Ha estado con calenturas, pero con haberlo sangrado está con mejoría» (9).

El príncipe luégo que tuvo diez y seis años fué trasladado á Alcalá de Henares para probar la influencia de un clima más saludable; y por espacio de dos meses parecía haberse librado de sus fiebres (10). Pero una tarde (11) cayó de cabeza por una escalerilla oculta por donde solo y á escondidas intentó bajar á un jardín á ver á una moza, hija del conserje, que no le pareció mal, «y probablemente persiguiéndola» (12). Fué recogido con una gran contusión en la sien izquierda y una parálisis en la pierna derecha.

Curado de primera intención fué sometido el mismo día al régimen de sangría y purga; el día siguiente le sacaron ocho onzas de sangre; el día sexto purgáronlo de nuevo (13) sin poder

(1) Esta carta del 12 de julio de 1567 está en italiano. La regenta escribía en francés la mayor parte de sus cartas, y empleaba el italiano para las confidencias y comunicaciones secretas. Las cartas en español eran al parecer de Armenteros. La regenta habla del duque de Alba en estos términos: «Per il remedio delle cose di qui et anco per sua reputatione et profitto, V. M. non poteva fare piu contraria ellectione che quella del duca d'Alba... per esser lui tanto odiato in questi paesi che bastaria lui solo á far odiosa tutta la natione spagnuola.»

(2) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 467, carta del 9 julio 1545.

(3) *Ibid.* el comendador mayor al emperador, 13 agosto 1545. Véase también Sandoval, lib. XXVII, párrafo 4.

(4) Strada, *De bello Belgico*, tom. I, pág. 609. «Humero elatior, et tibia altera longior.»

(5) En el Museo de pinturas de Madrid y en la galería del duque de Oñate.

(6) El obispo de Limoges al rey, 1.º marzo 1560, Colec. de Luis Paris, pág. 391.

(7) Colec. de Luis Paris, pág. 272, carta del 23 febrero 1560.

(8) Cabrera, lib. V, cap. VII.

(9) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 207.

(10) *Ibid.*, tom. XVIII, pág. 537.

(11) El 19 abril 1562. La carta es del obispo de Limoges á Catalina, fecha 11 de mayo siguiente. Ms. Bibl. nac. franc. 16103, f. 227.

(12) Es la version del embajador inglés. Ms. Rec. of. n.º 46, Challoner to the queen, 11 may 1562. «The prince in hasty following of a wench daughter to the keeper of the house, fell down a pair of stairs, broke his head.»

(13) Los dos médicos oficiales redactaron sendas reseñas de la dolencia: el doctor Olivares (*Doc. inéd.* tom. XV, pág. 553 y siguientes) estaba lleno de confianza en su mérito y de despecho por la consulta de Vesale; el doctor Dionisio Daza Chacon (*Doc. inéd.*, to-

cambiar su estado de insensibilidad. Creyeron conveniente los médicos dilatar la herida y dejar á descubierto el cráneo. Luégo al punto se declaró una erisipela: en esta oportunidad llegó el rey con el sabio Vesale.

Vesale prohibió renovar las sangrías; pero los otros médicos se opusieron á que se cuidara la erisipela que se extendía por la cabeza, el pecho y los brazos, «y era preciso guardarse de combatirla, dice el médico español, porque se hubiera metido dentro.» Sin embargo, como era preciso «desembarazar al enfermo de sus humores,» se le purgó seis días despues de la operacion «con tres onzas de jarabe de nueve infusiones.» Todos los médicos y cirujanos de la corte estaban reunidos alrededor del príncipe y estaban de acuerdo en combatir los consejos de Vesale, declarando que debería obtenerse la curacion porque se aplicaban los medicamentos que convenian (1).

Durante estas consultas escribia el agente de Toscana (2): «Quien no lo haya observado, no puede formarse idea de la ignorancia de estos cirujanos.» Así como se habían apresurado á dilatar la herida de la cabeza ántes de la llegada de Vesale (3), consintieron, más bien que adoptar su opinion, en emplear los unguentos de un hechicero moro de Valencia llamado el *Pinterete*.

Los unguentos no dieron mejor resultado que las purgas: el delirio duraba ya cinco días; el rey, sentado á la cabecera de la cama y rodeado de once médicos, de pié en su presencia, sin poder dar su dictámen, si no eran por él interrogados, no tenia ya esperanza sino en un milagro.

En la cama del enfermo, á lo largo de su cuerpo abrasado por la fiebre se extendió el esqueleto de un cocinero de convento, muerto cien años hacia (4). A este cocinero hizo despues célebre Murillo que hubo de pintarlo en éxtasis, miéntras los ángeles se cuidaban de su olla (5). Además, Vesale hizo la operacion del trépano, el 9 de mayo, y cortó un fragmento de cráneo, de forma triangular y del tamaño de un chelín (6). El príncipe entró en convalecien-

mo XXVIII, pág. 537 y siguientes) seguía servilmente á Olivares y participaba de su malevolencia para con Vesale, pero estaba inclinado á atribuir á milagro la curacion.

(1) Olivares, *Doc. inéd.*, tom. XV.

(2) Nobili á Cosme de Médicis, 1.º mayo 1562.

(3) Ms. Rec. of. n.º 46, ya citado.

(4) Cabrera, lib. III, pág. 360. Había muerto en 1463 y se conservaba en San Francisco de Alcalá.

(5) El cuadro está en el Louvre y es conocido con la denominacion de *Cocina de los ángeles*.

(6) Ms. Rec. of. n.º 171, Challoner to Cecil, 8 junio 1562.

cia inmediatamente y pudo levantarse á los treinta días.

Felipe II atribuyó la curacion sin vacilar al cadáver del cocinero franciscano, cuya canonizacion pidió á la curia romana. El médico del príncipe no se humilló más ante el santo que ante el doctor Vesale, y declaró que la curacion no tenía nada de sobrenatural y sólo era debida á su talento. Esta insistencia de la infatuacion lo hubiera llevado ante el Santo Oficio, si su Memoria no hubiera permanecido secreta, pues hasta en nuestros días (7) los académicos que la han publicado se mostraban consternados de ver negado por un médico un milagro reconocido por la curia romana.

Pero el nuevo santo tuvo otros adversarios. La opinion pública atribuyó la curacion á Nuestro Señora de Atocha; sin embargo, varios otros santos y muchos santuarios de la Virgen igualmente invocados tuvieron tambien sus partidarios: los tres mil quinientos fieles de Toledo que recorrieron las calles de la ciudad con las espaldas desnudas azotándose unos á otros, hubieron de ser los más tentados á mirar el milagro como la recompensa de ejercicios tan penosos. El obispo de Limoges, nuestro embajador en España, dió todo el honor de la curacion al unguento del Pinterete. «Este viejo arábigo, hombre enfermizo, lo ha medicado tan bien que el dicho príncipe ha perdido los desvarios y se le ha deshinchado el rostro» (8). Los ingleses y Saint-Sulpice, que iban á reemplazar al obispo de Limoges, atribuian al parecer más importancia á la operacion de Vesale (9).

#### II.—Enfermedades y demencia

En medio de estas suposiciones de los contemporáneos, es lícito admitir que el pobre príncipe no sanó jamás, pues á contar de esta época permaneció en los confines de la demencia, fuera que los accidentes cerebrales hubieran hecho imposible el restablecimiento de la salud, fuera que las predisposiciones hereditarias y régimen debilitante de una etiqueta malsana hubieran acabado de perturbar su sistema nervioso.

(7) *Doc. inéd.*, tom. XV, pág. 570. «Queda este asunto fuera de toda discusion,» decian en 1849 los ilustrados editores de la *Memoria de Olivares*.

(8) Ms. Bibl. imp. San Petersburgo, vol. XCVII, n.º 22, fol. 85, despacho publicado por el conde de la Ferriere, pág. 49.

(9) Saint Sulpice á Catalina, 10 mayo 1562.—Colec. de Luis Paris, pág. 889.—Ms. Rec. of. núms. 46, 52, 71, Challoner to Cecil, may and iune 1562.

Una enfermedad que lo separaba de los demás hombres pudo agravar igualmente la turbacion mental, cosa que no ignoraba la reina Isabel, que hablando un día con Felipe de proyectos de matrimonio con relacion al príncipe, recibió por respuesta que su hijo estaba en tal estado que habia tiempo para todo (1). Este aviso hizo renunciar inmediatamente á Catalina de Médicis á su deseo de casar con Don Carlos á su segunda hija Margarita «á causa de la indisposicion del príncipe» (2). Es necesario conocer lo que era esta indisposicion. Uno de los cronistas de Felipe II se atrevió ya á indicarla (3). Se puede revestir su narracion con el ropaje diplomático; hoy será aceptada en los términos en que lo fué por los cortesanos de aquella época. El embajador Fourquevaux escribia á Catalina (4): «El príncipe de Eboli me decia estas palabras:—¡Pobre príncipe de España! Consideramos y prevemos que no tendrá nunca hijos, á no ser de milagro, por las faltas secretas que hay en su persona.»—El milagro fué exigido á los médicos, y dice otra vez Forquevaux (5): «No embargante las recetas que sus tres médicos le han aplicado á fin de hacerlo hábil para el matrimonio, es tiempo perdido esperar de él prole, porque nunca tendrá hijos y él lo sabe muy bien.» Y algun tiempo despues añade (6): «El príncipe está ahora en opinion de hombre medio natural, porque tres médicos suyos han hecho cuanto han podido para hacerlo hábil y potente para cohabitar con mujer, por lo cual ha recibido cada uno de dichos médicos mil escudos de renta.» Pero pronto se desvaneció esta ilusion, como al gran duque de Toscana escribia su residente Leonardo de Nobili: «A questi giorno tre medici e un barbiere suo favorito li dettero non so che bevanda, talche par che cosi usasse debolmente con una donna; e parendoli bella cosa, ordino á lei dodici milla ducati et alli medici mille scudi d'entrata per ciascuno. Non potendo di nuovo usar S. A. carnalmente, come fece quella volta, l'affezione ai medici va mancando.»

(1) Col. de Luis Paris, pág. 816.

(2) Ms. Bibl. nac. 3162, fol. 11. Esta enfermedad se presentó muchas veces en la familia: pueden citarse los primos de don Carlos, el rey Sebastian de Portugal, el archiduque Alberto de Austria, y probablemente el emperador Rodolfo.

(3) Herrera, tom. I, pág. 291. «Avia alguna sospecha que no era hábil en la generacion.»

(4) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 849.

(5) *Ibid.* fol. 824. Carta del 3 de junio 1567.

(6) *Ibid.* Carta del 30 de junio 1567. Forquevaux insiste en esta enfermedad. «No es para tener generacion (Set. 1567 fol. 1002).» El agente del emperador parte bien disgustado de que la princesa Ana haya de casarse con un príncipe tan mal compuesto de su persona.

(*Ibid.* fol. 158.)

Esta enfermedad tenia aberraciones morbosas. Cuando el enfermo encontraba en la calle alguna hermosa dama, fuérase de las principales del país, la abrazaba brutalmente llamándola *perra* (7); ó hacia azotar á niñas en su presencia, lo que obligaba al rey á dar, por ejemplo, «cien reales de limosna á Damian Martin, padre de las niñas azotadas por orden de S. A.» (8); ó bien imponia por fuerza privaciones á los que no tenían su enfermedad (9).

Su misma madrastra, la dulce francesa, no estaba á salvo de sus ultrajes, pues el príncipe hablaba de matar á sus hijas á quienes llamaba p... (10). ¿Ante estos hechos, á qué queda reducida la leyenda de la pasion amorosa entre Don Carlos é Isabel de Valois? La jóven reina con cariñosa piedad consolaba al príncipe unas veces y otras templaba sus accesos de furor y desesperacion; rodeaba de solicitud al melancólico niño y supo despertar en aquella alma sujeta al más triste destino algunos impulsos de gratitud (11). Toda otra suposicion entra ya en los términos de la novela.

En cuanto á la hija del conserje á quien perseguia en la escalera de Alcalá cuando lo de la caída, seria probablemente para tratarla como á las demás damas que encontraba en la calle, para maltratarla á contumelias (12); sino que no se conocian aun las extravagancias del príncipe y se encerró á la moza, Mariana de Garcetas, en el convento de San Juan de la Penitencia (13) con mil ducados, á que añadió otros mil el príncipe cuando hizo testamento (14), más una mantilla (15). Inspiraba estas larguezas, no un amor que hacia imposible el estado del príncipe, sino el bien parecer, el decoro que obligaba á los príncipes á mostrarse generosos. Lo mismo puede decirse de los quinientos ducados oficialmente asentados en las cuentas del ser-

(7) Brantome.

(8) *Doc. inéd.*, tom. XXVII. «A Damian Martin padre de las niñas pegadas por mandado de S. A. cien reales de limosna.

(9) Leonardo de Nobili al gran duque Cosme de Médicis. «Tutta la notte va in bordello con molta arroganza.—V. tambien Rel. ven. Tiepolo.

(10) Ms. Rec. of. n.º 2220, advices from Antwerp, 6 march 1568, tom. IX, Apéndice.

(11) Se ha dicho que don Carlos estaba irritado porque su padre se había casado con la mujer que á él se le había prometido: el príncipe tenia doce años, cuando se habló de él en los preliminares de la paz con Francia y hubo de ignorar siempre este proyecto, que fué abandonado á los pocos días. Se le ha atribuido una composicion en verso francés, dirigida á Isabel, y no pudo jamás aprender una palabra francesa. Su letra tuvo siempre carácter infantil, como puede verse por la reproduccion de una carta autógrafa en la coleccion de M. Filon.

(12) Brantome.

(13) *Doc. inéd.*, tom. XXIV, pág. 515.

(14) El 19 de mayo de 1564.

(15) El 9 de abril de 1566.

vicio de Don Carlos, como entregados á Doña María de Alcaraz, dama de la reina (1), y de las cantidades pagadas por los alimentos y educacion de varios niños cuyo padrino fué el príncipe. No podría suponerse que fuera el padre él, como quiera que por lo que hace á la niña,

comienza el gasto cuando el príncipe tenía doce años (2), y atento al niño, se sabe que fué expuesto á la puerta de la cámara del príncipe (3).

La liberalidad de Don Carlos era el rasgo saliente de carácter. En efecto, el príncipe der-



Don Carlos, infante de España  
Facsimile de un grabado en cobre de H. Gock

ramaba sin discernimiento entre los que le rodeaban cuanto dinero y joyas tenía. Pero esta generosidad, tan cara á los cortesanos, alternaba con accesos de cruel violencia que hacia peligroso su comercio. «Cuando sus arrimados no lo servían á su gusto, no hay que preguntar cómo los trataba: todo era amagos, contumelias y golpes» (4). Quiso una vez arrojar por la ventana á su tesorero Juan de Lobon (5) y dar

(1) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 83.

(2) Lámabase Ana Carlos y fué entregada á la nodriza por el mayordomo del príncipe y vigilada regularmente por orden del rey desde 1558. *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 44 y 89.

(3) *Ibid.* pág. 90. «A María Hernandez, viuda, 209 reales por la crianza de un niño llamado Carlos, que se echó á la puerta de la cámara del dicho príncipe Ntro. Señor. Lo demás lo pagó Fray Diego de Chaves confesor de S. A.»

(4) Brantome.

(5) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 101 y 130.

de puñaladas á su mayordomo Fadrique Enriquez; abofeteó á don Alonso de Córdoba, gentil-hombre de cámara; dió de palos á otro gentil-hombre, llamado Don Diego de Acuña. A todos les amenazaba con el puño, cuando no con el puñal (6). Pero su frenesí maniático estaba caracterizado, sobre todo, por su necesidad de tragar y ver tragar, comestible ó no. Es absolutamente desordenado en su pasión de comer, fuera de toda razón, decia un embajador veneciano (7). — Es capaz de comerse hasta trece libras de carne (8), repiten todas las correspondencias diplomáticas. — No tiene fuerza sino en los dientes, escribe Fourquevaux á Cata-

(6) Nobili á Cosme de Médicis, 24 julio 1567.

(7) *Rel. ven.* Soranzo, 1565, en Alberi, serie I, tom. V, pág. 119.

(8) *Ms. Rec. of. n.º 1676*, Phayre to Cecil, 17 nov. 1565.

lina (1). — Hizólé su zapatero unas botas muy mal hechas; el príncipe las hizo cortar en rajadas y guisarlas como tripas de buey y se las hizo tragar al zapatero. — Otra vez le presentó su joyero una perla de tres mil escudos; el príncipe la arrancó del engarce de oro con los dientes y se la engulló. El pobre mercader se quedó consternado, cuanto más que hasta los tres días no pudo recobrar su perla (2). — Después, en el último tiempo de su vida, hubo de tragar un diamante; luego lo hizo buscar y sólo á fuerza de medicinas pudo echarlo á los diez y siete días. De estas tiene muchas (3). — A una culebra que le mordió, le cortó la cabeza con los dientes (4).

Ante la repetición de hechos semejantes bien puede decirse que el historiador oficial de Felipe II no estuvo lejos de la verdad cuando escribió: La lesión del seso está demostrada por la incapacidad de la voluntad (5). El embajador inglés no se atreve á emplear las mismas expresiones á causa de la costumbre que tenía el rey de interceptar las cartas; pero declara que había visto por sus propios ojos acciones raras de don Carlos (6). El veneciano que da cuenta al senado con toda seguridad, no vacila en decirlo (7): «Está atacado de enajenación mental como su abuela; habla lenta y penosamente, sin ilación ninguna en sus conceptos.»

Don Carlos era biznieto de Juana la Loca, por su padre y por su madre á la vez. Pero hoy no podría admitirse ya contra la madre de Carlos V la antigua imputación de enajenación mental: los malos tratamientos continuados con perseverancia y añadidos á rigurosa reclusión, con privación de aire y de luz, determinaron la demencia al cabo de muchos años: podrían muy bien existir predisposiciones morbosas, y el biznieto pudo también arrastrar por este vicio hereditario la misma propensión á la neurosis vesánica: ello es lo cierto que fué impelido á la demencia por la falta completa de medios higiénicos, por las severidades enojosas de la etiqueta, por la calentura lenta de toda su vida, por el aniquilamiento resultante de sangrías y

púrgas, por el golpe, en fin, recibido en la cabeza á su caída en Alcalá, etc. etc. En todo caso, ahora se atribuya al atavismo la enfermedad mental, ahora á la depauperación nérvica, ó al accidente, no es ménos incontestable la demencia. Felipe II va á reconocerla oficialmente.

### III—Prision del príncipe

El orgullo del padre era mortificado todos los días por la noticia de alguna nueva afrenta: los escándalos comenzaban á ser públicos y el respeto de los reyes católicos estaba en peligro de menosprecio. Con sus hábitos de paciencia



Medalla con el busto de D. Carlos. Tamaño original  
(Gabinete numismático de Berlín)

hubo de esforzarse mucho tiempo Felipe en disciplinar con su autoridad al desgraciado príncipe, sin conseguir más resultado que exasperarlo contra sí mismo. «Reprueba y menosprecia comunmente todos los actos del rey su padre» (8). Si el padre probaba á interesarlo en los negocios de Estado dándole entrada en el consejo, tenía que pasar por la humillación de ver cómo injuriaba á los ministros, embrollaba el despacho y embarazaba las deliberaciones (9). — ¡Maldito clerizonte, he de matarte! dijo un día el mozalbete á todo un cardenal Espinosa agarrándolo de la garganta (10). Cuando el padre daba más importancia á disimular sus designios sobre Flandes, anunciaba su partida y decidía la partida del duque de Alba, repetía el hijo que quería ponerse en camino para ir á reducir á los rebeldes de los Países Bajos, se precipitaba en medio de las Cortes de Cas-

(1) Carta del 26 agosto 1566.

(2) Carta del 21 dic. 1561, de Paolo Tiepolo. «A poco a poco con li denti le levo d'intorno l'oro che la legava et poi se la mando giu per la gola, onde il pover uomo e stato desperatissimo, massimamente, perché sono passati tre giorni innanzi che il principe rendesse la perla.»

(3) *Ms. Bibl. nac.* 10751, fol. 1272, Forquevaux á Catalina.

(4) Badoaro. «Co denti gli spicco la testa.»

(5) Cabrera, lib. VI, cap. V.

(6) *Ms. Rec. of. n.º 33*, Challoner to Cecil, 8 jul. 1562.

(7) Tiepolo apud Alberi, serie I, tom. V, pág. 72.

(8) Forquevaux á Catalina, 3 nov. 1555.

(9) Sigismundo Cavalli, con referencia á un confesor del rey, citado por Gachard, pág. 308.

(10) Cabrera, lib. VII, cap. XXII.